

HOMILIA DE INAUGURACION

SINODO DIOCESANO

(1 DE MAYO DE 1992)

Ez. 36, 24-28

Sal. 117

Co. 3, 12-17

Lc. 10, 17-24.

Queridos hermanos:

Comienza con esta Eucaristía nuestro Sínodo Diocesano, es decir, una aventura de Iglesia, una aventura cristiana.

Aventura, porque con la ayuda de Dios, vamos a intentar otear el futuro de nuestra Iglesia Diocesana, abrir caminos de fidelidad para el mañana, perfilar lo que debe ser nuestras Diócesis a la luz de la Palabra revelada, a la luz de la doctrina de la Iglesia Universal, de la tradición y del Magisterio, a la luz del Concilio Vaticano II, a la luz por último de los signos de los tiempos que nos hablan aquí, en Canarias, y que debemos intepretar y juzgar desde la Revelación, para descubrir qué es lo que Dios nos quiere decir a través de ellos.

Aventura cristiana, porque en el centro de todo lo que pensemos, hagamos y digamos, ha de estar Cristo, el Señor, la luz que ilumina la historia, los pueblos y naciones, la humanidad entera.

Cristo es siempre la luz, esa luz maravillosa de la que la Iglesia, su Iglesia, recoge el resplandor para iluminar a la humanidad. Y porque Cristo es la luz de todas las naciones, la luz de las gentes, nuestro Sínodo Diocesano, como lo hizo el Concilio Vaticano II reunido bajo la inspiración del Espíritu Santo, desea y se propone, con toda ilusión, iluminar a todos los que vivimos en

Canarias, en Gran Canaria, Lanzarote, Fuerteventura y La Graciosa, con la claridad de Cristo, con esa claridad que se refleja y resplandece en la faz de la Iglesia, anunciando el Evangelio a toda criatura.

Cristo, queridos amigos, es siempre la luz, lo es para nosotros, discípulos de Jesús, y deseamos lo sea para todos los que habitan en nuestras islas. Lo deseamos porque creemos que al principio era el Verbo y el Verbo era la luz verdadera que viniendo al mundo, ilumina a todo hombre (Jn. 1, 19). Lo deseamos porque creemos que Dios envió a su Hijo, la Palabra, el Verbo eterno que ilumina a todos los hombres, y lo envió para que permanezca entre nosotros los hombres y nos haga conocer las profundidades y maravillas de Dios (Cf. Jn. 1, 1-18; DV, 4). Lo deseamos porque siendo Cristo el único mediador, es la plenitud de toda revelación y lo es por sus palabras y por sus obras, por sus signos y milagros. Pero lo es, sobre todo, por su muerte y resurrección y, finalmente, por el envío del Espíritu de la Verdad (DV, 4).

En la Revelación, Cristo-Jesús comprometió su propia plenitud poniéndola a disposición de todos los hombres, de toda la humanidad, porque es en Cristo en quien la revelación de Dios se ha consumado para que el amor de Dios se manifieste a todos los hombres y todos los hombres conozcan la voluntad salvífica universal de Dios.

Y fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en la verdad y le sirviera santamente (LG, 9). Nuestro Señor dio comienzo a la Iglesia predicando la Buena Noticia, es decir, la llegada del Reino de Dios prometido en las Escrituras desde muchos siglos: “porque el tiempo se ha cumplido, el Reinado de Dios está cerca” (Mc. 1,15; Cf. Mt. 4,17) (LG, 5). Jesús, después de morir en la cruz por todos los hombres, resucitó de entre los muertos y se presentó ante sus discípulos constituido en Señor, Cristo y Sacerdote para siempre (Cf. Hch. 2,36; Heb. 5,6; 7, 17-21) y derramó sobre ellos el Espíritu prometido por el Padre (Cf. Hech. 2,33) (LG, 5). Así, la Iglesia, enriquecida por los dones de su Fundador y cumpliendo fielmente sus mandatos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y el Reino de Dios, e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de su Reino (LG, 5).

Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicarlo mediante ella la verdad y la gracia a todos (LG, 8). Nuestra Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica, encierra en su propio seno a pecadores,

y, siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación (LG, 8).

La condición de la Iglesia, de este pueblo mesiánico que es la Iglesia, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (Cf. Jn. 13,34). Y tiene como fin el dilatar más y más el Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos El mismo lo consume cuando se manifieste Cristo, nuestra vida (Cf. Col. 3,4) y la misma humanidad sea liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad de los hijos de Dios (Rom. 8,21), (LG, 9).

Pues bien, queridos amigos, nuestra Diócesis que ahora comienza el Sínodo, es una porción de ese Pueblo de Dios, una Iglesia Particular, en la que se encuentra y actúa verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica; porción del Pueblo de Dios que me ha sido confiada para que la apaciente con la cooperación de mis sacerdotes, de tal forma que adherida a su Pastor y reunida por él en el Espíritu Santo, por medio del Evangelio y la Eucaristía, cumplamos, unidos todos en una misma comunión, teniendo un solo corazón y una sola alma, la misión que el Señor nos ha encomendado aquí en Canarias (Cf. ChD, 11).

El Sínodo, un Sínodo Diocesano, es una de las experiencias por excelencia del amor, de la comunión que nos une a todos los cristianos de una Diócesis en el Señor-Jesús, gracias al Padre común y por la acción misteriosa del Espíritu Santo.

Hablar del Sínodo es hablar, pues, de comunión y hablar de comunión es hablar del ser de la Iglesia, puesto que la comunión nos ha sido dada, ofrecida y revelada por Cristo y en Cristo. Pero al igual que el Señor, en plena comunión con el Padre, tenía como alimento el cumplir la voluntad del Padre que, desde la eternidad, es la de salvar a todos los hombres, la Iglesia, en comunión con el Señor, tiene como alimento cumplir la voluntad de Jesús que es la de servir y no ser servido, la de amar a todos los hombres, la de entregar la vida por la salvación a todos los hombres: en una palabra, realizar en el tiempo la misma misión de Jesús, anunciar la Buena Noticia a todos los hombres, a la creación entera.

Jesucristo, Pastor eterno, edificó la santa Iglesia, enviando a los apóstoles como El mismo había sido enviado por el Padre (Cf. Jn. 20,21) y la misión

divina confiada por Cristo a los apóstoles ha de durar hasta el fin del mundo (LG, 20), ya que la Persona de Jesús y el evangelio son, para siempre, principio de vida de la Iglesia y, en consecuencia, fuente de toda su actividad apostólica: lo que una vez fue predicado por el Señor y cumplido en él para la salvación del género humano, debe ser proclamado y difundido hasta los confines de la tierra (Hech. 1,8) (AG, 3). Esta misión continúa y desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres. (AG, 5).

Así pues, queridos hermanos, todos los que constituimos la Comunidad de Jesús, la Iglesia santa que peregrina en Canarias, somos conducidos por Cristo en el misterio pascual, y siendo guiados por El sabemos que guía a la humanidad entera en este camino, se revela al hombre, transforma la condición de todos los hombres, instauro una sociedad fraterna, dirige la historia que tiene como fin la recapitulación de todas las cosas en El.

Somos un Cuerpo del cual el Señor es Cabeza y todos tenemos la misma dignidad e idéntica misión, aunque cada uno la realicemos desde funciones, carismas y ministerios diferentes. Todos somos, por tanto, responsables de la única Iglesia de Cristo, de su misión, de la prolongación en el tiempo y en un espacio, de la misma misión de Cristo. No todos tenemos que hacer todo, pero entre todos hemos de hacerlo todo. Para eso hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es nuestra esperanza que nos abrió su llamamiento. Para eso tenemos un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos (Cf. Ef. 4,4-7). Para eso celebramos una Eucaristía y escuchamos una misma Palabra. Para eso vivimos una misma comunión que convierte, por el amor que ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado, la responsabilidad de cada uno de nosotros, en responsabilidad compartida, es decir, en corresponsabilidad.

La corresponsabilidad, queridos amigos, no nace de un deseo de mera eficacia, de razones prácticas o pragmáticas, de una aspiración a una democracia copiada del mundo, de un deseo de mejorar el funcionamiento de la Iglesia como si ella fuera una empresa, de una aspiración a distribuir mejor las tareas para que trabajemos más tranquilos o más eficazmente. No. La corresponsabilidad nace en función de la misión, de la misión que se apoya en el Señor, en la comunión, en el amor. La corresponsabilidad nace para la misión, para anunciar a todos la Persona y la Buena Noticia de Jesús: a los propios cristianos y a los que creen y no practican, a los que no creen, a los alejados, a los desesperados, a los que tienen el corazón roto, a los pobres y

a los explotados, a los pecadores, a los que se creen buenos porque no son conscientes de sus pecados, a los injustos y deshonestos... ¡a todos los hombres! Toda la comunidad eclesial, cristiana, es misionera (Cf. AG, 1 y 2; EN, 14). Toda la misión requiere la participación de todos los cristianos, cualquiera que sea su estado y condición (Cf. AG, 35 y 36). Por eso mismo, todos los cristianos somos responsables y corresponsables de la Misión de la Iglesia.

Son importantes los organismos y estructuras de corresponsabilidad, por supuesto. Pero más importante es descubrir y vivir en comunión y en comunidad la Misión de la Iglesia que es la Misión del Señor. Más importante es contemplar nuestro mundo con los mismos ojos, cargados de amor y de misericordia, del Señor, y ofrecerle la salvación que Jesús nos ofreció y nos sigue ofreciendo. Más importante es poner nuestros ojos en las realidades humanas en las que vivimos, en los gozos y esperanzas, en las tristezas y angustias de los hombres, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, y amarlos con el mismo amor de Cristo, ofrecerles la Buena Noticia, evangelizarlos, compartir su vida, llevarles la esperanza del Señor. Para eso hemos recibido la Buena Nueva de la salvación, para comunicarla a todos. Para eso hemos sido reunidos con Cristo en la Diócesis, y para eso somos guiados por el Espíritu Santo en nuestro peregrinar hacia el Reino del Padre (Cf. GS, 1).

El Sínodo, queridos hermanos, es una expresión privilegiada de todo ello. Lo hemos de vivir, por tanto, con una mirada de fe, cargada de esperanza, llena de amor a Dios y a los hombres, nuestros hermanos.

Lo hemos de vivir convencidos de que el Espíritu Santo nos purifica con agua pura de todas nuestras impurezas y basuras y que nos da un corazón nuevo, un espíritu nuevo, y transforma nuestro corazón de piedra, lleno de egoísmos y de injusticia, en un corazón de carne, lleno de amor y de paz, porque el Señor es siempre bueno, y su misericordia es eterna.

Lo hemos de vivir llenos de misericordia entrañable, de bondad, de humildad, de dulzura y comprensión, sobrellevándonos mutuamente y perdonándonos unos a otros cuando tengamos quejas los unos de los otros: el Señor nos ha perdonado y nosotros hemos de hacer lo mismo, porque Dios es amor y el amor es el fundamento de nuestra comunión.

Lo hemos de vivir unidos al Señor, dando gracias al Padre porque ha ocultado la sabiduría del Señor, lo que viene de lo alto, a los sabios y entendidos, y se lo ha revelado a la gente sencilla. Unidos al Señor porque ha querido revelarnos a nosotros, pobres hombres, quién es el Padre, para que todos unidos

en Iglesia, podamos proclamar la Buena Noticia a los que todavía no la conocen y la esperan, aun sin saberlo, con un corazón sencillo y humilde, y tantas veces roto por injusticias y violencias, por marginaciones y pecados, por explotaciones injustas y por desprecios, por odios e incomprensiones, por esos “mecanismos perversos” y “estructuras de pecado” que hacen de nuestra sociedad canaria un mundo injusto y tantas veces lleno de crueldad y sufrimiento para los más pequeños y los más débiles.

María, la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, supo asociar su vida, en una plenitud de fidelidad y de amor, a la Misión del Señor. Volvamos nuestros ojos a ella pidiéndole su intercesión en esta Eucaristía para que nuestro Sínodo Diocesano que hoy comenzamos, sea un tiempo de gracia y salvación para todos nosotros, para toda nuestra Iglesia, para todos los que vivimos en Gran Canaria, Lanzarote, La Graciosa y Fuerteventura. Pidámosle que en el corazón de cada uno de nosotros el Señor haga el milagro de crear unas actitudes que acompañen todo nuestro trabajo sinodal: que cada uno de nosotros seamos capaces de:

- valorar intensamente la comunidad y la comunión eclesial.
- tomar conciencia de que todos debemos participar en la Misión de la Iglesia, en el mundo y en la propia vida.
- tener sentido de una participación activa y comprometida en la vida de la Iglesia y en la sociedad.
- “rezar” nuestras aportaciones para que todo lo que oigamos y escuchemos se convierta en alabanza a Dios y toda nuestra existencia sinodal sea, como la de Jesús, una existencia orante y contemplativa.
- aportar sugerencias pensando en el bien de nuestra Diócesis y en el bien de nuestra sociedad, más allá de nuestros egoísmos y de nuestras opiniones, amando intensamente a la Iglesia, a todos los hombres, a los pobres y marginados.
- saber poner a disposición de la Iglesia y su misión, el carisma recibido de Dios.
- aprender a descubrir y respetar los carismas de los demás cristianos.
- vivir en diálogo y escuchar lo que los demás cristianos nos pueden aportar.
- respetar y acoger sin prejuicios las opiniones de todos, sin acepción de personas, corrigiendo con amor y respeto lo que puede haber de

distancia, no respecto a nuestras propias opiniones, sino respecto a la Revelación y a la Doctrina de la Iglesia, y dejándose corregir humildemente por los demás.

- aprender a cooperar pastoralmente con todos los que componemos la Diócesis, sean cuales fueran sus tendencias, en orden a la realización de la Misión.
- vivir siempre en humilde búsqueda de la Verdad de Dios y de la Iglesia, de la Verdad de Jesús y de su Evangelio, sin caer jamás en la soberbia de pensarse salvador de todo e inmune a todo error.
- aprender a discernir, ayudados de la Jerarquía y de los demás cristianos, un discernir que no consista sólo en la ponderación de las realidades y acontecimientos a la luz de la fe, sino también decisión concreta y compromiso operativo en el ámbito de la Iglesia y en el de la sociedad humana (Juan Pablo II, ChL, 51).
- vivir siempre con fe y esperanza, con amor y alegría.
- no convertirnos nunca en “profetas de calamidades” incapaces de descubrir lo bueno que el Espíritu suscita en la Iglesia y en el mundo.
- realizar todo con una actitud de servicio humilde a todos los hombres, y, de un modo especial, a los más pobres, marginados y explotados.
- vivir de tal forma que todos los cristianos seamos simultáneamente, plenamente contemplativos y plenamente comprometidos, y vivamos en plenitud la Iglesia integrados en su vida a la par que vivimos en plenitud la sociedad fraternalmente integrados en la vida de los hombres.
- estar dispuestos, con un corazón humilde y limpio, a aceptar plenamente las conclusiones del Sínodo, aunque no coincidan del todo con nuestras opiniones, y a vivirlas y realizarlas con toda ilusión y con total confianza en Dios.

Todo ello se lo pedimos al Señor, en esta Eucaristía, por intercesión de María, nuestra Madre, para los que hemos de realizar el Sínodo Diocesano y para todos los cristianos de nuestra Iglesia Diocesana de Canarias.

Que el Señor-Jesús nos bendiga a todos.